

ALEJANDRO QUIJANO *

El Hombre

La vida de Alejandro Quijano fue una gran obra de amor. El destino lo llevó por dos vías bienhechoras: la de la Santa Caridad, que es amor; y la de la Santa Amistad, que es también amor; y en ellas hizo camino, con un poco de resignación, dos pocos de ingratitudes y muchas venturanzas, porque allá en las profundidades de su almario sus sacrificios cotidianos se le transformaban en esencias, que aromando su espíritu selecto, lo hacían dichoso. ¿Por qué? Porque él sabía y sentía que el mejor de los bienes es hacer el bien. Por eso practicó la caridad y el perdón con dulcedumbre, porque esas cualidades de su ser no las ejercitaba como una obligación, sino como una ofrenda a sus semejantes. Ya que era un gran amador de la humanidad circundante: amó al hombre con sus virtudes, sus defectos y sus miserias. Fue un misionero laico de la Providencia ante los menesterosos.

Sus reconocidas características de misericordia y generosidad puestas al servicio de un disciplinado carácter los llevaron a la presidencia de la Cruz Roja, y a ella enajenó su espíritu durante treinta largos años. Lo enajenó verdaderamente porque los hombres que se dedican a ejercer la caridad no viven su propia existencia. Su vida es la de los demás, la de aquellos que necesitan de su benevolente ayuda.

El licenciado Quijano guió sus pasos por esas piadosas sendas

* Discurso pronunciado en nombre de la Academia Mexicana de la Lengua el 22 de marzo de 1957.

en gracia a su hidalguía; porque el auténtico hidalgo no puede resistir a las sollicitaciones de los que han menester de su reparador.

Se desposeyó de sí mismo para darse a los demás. Sus manos tenían la perenne tentación de dar y su corazón el impulso incontenible de querer. Pero como era un Crespo de riquezas emotivas y un pobre como San Francisco, en las manos de Alejandro como en las del Santo de Asís ya no florecían sino la piedad y el amor. Y todo eso porque fue un generoso irremediable y esencial; es decir un cabal y convencido magnánimo a quien no le costaba trabajo el serlo, pues así fue de nacimiento, pero con la estilización que dan los años afinó sus calidades morales haciéndolas más y más sutiles y delicadas; llegando así a amar la belleza de la bondad y la bondad dulce de la belleza. Hasta el grado de transformarse en un incansable donador de sí mismo que se daba a los demás sin extinguirse, porque la fuente clara de sus caridades sólo acabó cuando quebróse el finísimo cristal de su alma. Y entonces pudo decir lo que decía de sí mismo aquel poeta Rovirio, de que nos habla Séneca: "Ya no tengo sino lo que he dado".

Don Alejandro Quijano no llevó nunca la contabilidad de los bienes que derramara porque los otorgó sin esperar recompensa, pues de otra suerte sus cristianas intenciones no habrían tenido la pureza y decoro que las animara siempre.

Expresé alguna vez que a nuestros semejantes no sólo hay que quererlos sino saberlos querer sin esperar recompensas. Ni siquiera la recompensa de la gratitud, porque siendo ella tan rara y tan rica el esperarla ya constituye un egoísmo.

Dice un filósofo antiguo que "alrededor de los hombres opulentos se ve un montón de amigos y alrededor de las gentes arruinadas una vasta soledad". Y como alrededor de Alejandro Quijano se vio siempre una muchedumbre que lo amaba, yo me pregunto:

¿Pues qué Alejandro Quijano fue rico? No, no lo fue por herencia, ni tampoco después, a pesar de haber ganado fortunas en su bufete de abogado. Pero es que, si ese gran señor era pobre de dineros, tenía en cambio la opulencia inagotable del altruismo más puro. Vivió desprendiéndose de lo que tenía porque no pudo vivir sin dar. Cuando tuvo pecunia dio una moneda o muchas monedas, porque su largueza no tenía más límite que las posibilidades de su

caja. Caja que por cierto nunca fue "caja de ahorros" porque un obsequioso perpetuo e incorregible como él, no supo economizar; no fue ahorrativo de su paz hogareña, ni de su salud, ni menos aún de su dinero por que no sabía decir que "no" a quienes tocaban a las puertas de oro puro de su alma inmensa. Por lo que bien podría repetir el pensamiento de Leonardo da Vinci: "Yo no me canso nunca de servir. Yo no me canso nunca de ayudar". Por eso cuando ya no pudo hacer el bien; cuando ya no tuvo la suprema dicha de crear venturas ajenas; cuando ya no podía ser fuente de alegrías sino manantial de penas, entonces comenzó a morir.

* * *

Alejandro no conocía el odio, ni la vergüenza, ni el desprecio, ni los rencores. Su nítida conciencia nunca sirvió de nido o alero a ninguna mala pasión. En su espíritu blanco solamente nacieron y vivieron la fe, la esperanza y la caridad. La caridad era su musa; la esperanza su consuelo; la fe su fuerza. En su pensamiento cabía la astucia, pero nunca la maldad. Como abogado él podía utilizar el ardid legítimo y la maña permisible para triunfar en los únicos campos de sus contiendas: el de la ley y la justicia. Pero como hombre, las ardidés y las mañas de la inteligencia trocábanse en actos benevolentes y palabras de felpa que solo tenía por origen el abundoso manantial de su generosidad.

* * *

Decía Romain Rolland que la primera de las virtudes es la alegría. Quijano tuvo esa virtud muchos años, cuando gozaba consolando; pero al fin su risa tornóse en lloro y en resignación cuando lo abatieron la enfermedades y las tristezas.

EL AMIGO

Ese gran señor que según el agudo ingenio de Rubén Romero, fue dentro de la Academia, Alejandro el Grande y en la vida, Alonso Quijano el Bueno, ese ejemplar caballero "Don Alejandro", siempre pulcro en lo interno y en lo externo fue un apóstol de la amis-

tad a la que respetó, amó y cultivó. Diríase que fue magistral para hacer amigos y para conservarlos; doble cualidad rarísima de encontrar en una sola persona. Porque hacer amigos que lo sean de verdad, esto es, desinteresados, leales, que sientan la amistad como la consideraban los estoicos, como una "afección depurada", es difícil; pero lo es mucho más el tener el raro don de saberlos guardar. Y Quijano era un sabio en ese cultivo, un sabio de muchas sapiencias; porque tenía la sabiduría amatoria que consiste no sólo en querer, sino en saber querer, esto es, con ese talento sui géneris que radica en el corazón; y también la de la prudencia, la del tacto y la del perdón. Era un maestro que enseñaba con sus actos y con sus abstenciones los deberes que impone la amistad. Era en suma el amigo ideal porque fue un virtuoso. "Los fervorosos, decía Voltaire, no tienen amigos, sino cómplices; los hombres de negocios tienen asociados; los políticos tienen partidarios; los príncipes tienen cortesanos; sólo los hombres virtuosos tienen amigos". Y Alejandro Quijano conquistó una admirable legión de amigos que lo llevaron en las alas de sus almas a la eternidad de su gloria. Y porque era un tierno amante de tres amores puros: el hogareño, el de la patria y el de la amistad, que también es amor. El cual no provoca deliquios pasionales, ni transportes extáticos, ni tragedias, ni idilios, sino el leal y apacible sentimiento que rima sus afectos con el querer fraterno.

El amor de los amores, el arrollador, el que es vida de la vida porque de él nacemos, es ilusión y esperanza, tormenta y tormento, ensueño y deseo, éxtasis, delirio y dolor amoroso que es el más grato de los dolores.

Ese amor llena la vida o la destruye; crea la dicha o la transforma en tragedia, nos hace vivir en euforia o nos mata en un abismo de infortunios. La verdadera amistad es ^{el} ~~el~~ remanso en que reposamos nuestras penas; es el consuelo de nuestros sinsabores, el contrapeso de la ingratitud, el amparo de las almas solitarias; es el amor de Dios que baja del cielo para curarnos de todo mal.

Quijano fue un sacerdote de ese amor al que rindió culto con devoto apego. Por eso estamos aquí sus compañeros académicos para tributarle pleitesía. Por esos sus miles y miles de amigos de toda la nación guardan luto por su sagrada memoria.

EL ACADÉMICO

Quijano fue en la Academia respetuoso de todas las creencias, de todas las escuelas, de todo credo social y político. Su espíritu libre tenía por lema la libertad de los demás. Era un hablista refinado y un virtuoso del lenguaje al que manejaba con maestría académica basada en un léxico nutrido y en el perfecto cumplimiento de las reglas gramaticales que enseñó durante muchos años como un ilustrado y celoso conservador de la prístina pureza del idioma castellano. Y con toda razón, porque la pureza idiomática es esencia del buen gusto literario. Si nuestra dicción es el ropaje de nuestras ideas y sentimientos es preciso que al traducirlos en palabras, éstas sean las precisas, las más connotivas, las que correspondan a nuestro pensamiento y emociones, para que así el valor de cada vocablo y el ritmo de su conjunto representen con fidelidad el estado genuino de nuestro espíritu.

Quijano era en el fondo de sus letras, el hijodalgo que fue en la vida. Su palabra limpia jamás lastimó a nadie. Era un caballero andante de la cortesía, de la justicia y de las buenas letras. Allá en sus mocedades fue poeta laureado; yo recuerdo bien aquellos sus versos de francas reminiscencias diazmironianas:

*Y una vez sobre el odio y la mentira.
Sobre el mar encrespado de la mofa,
sobre las rebeliones de la ira,
pulsó el poeta la argentada lira
y entre sus cuerdas floreció una estrofa...*

Hogaño ya no hacía versos, pero de su pecho manaba poesía porque era un prócer poeta de la caridad y la amistad.

ADIOS ALEJANDRO

Termino. "Qué difícil es, decía La Bruyere, estar contento de alguien".

¿Quién no estuvo contento de Alejandro Quijano, de su exquisita cortesía, de su amable acogimiento, de la mesura de sus palabras, del acento franco de su voz; de la dulcedumbre de sus ojos que

abrían sus puertas para que penetráramos hasta los trasfondos de su corazón?

¿Quién que estrechara sus manos, emblemas de afección no sintió esa confianza ingenua que se experimenta cuando se está al cobijo de un alma grande?

* * *

Cuando le vi por última vez, pocos días antes de su partida, ya mostraba en su rostro blanco y afilado la estilización de la muerte; ya había perdido el deseo de vivir; ya su santa y adorada esposa, en sus pupilas cansadas de llorar y de verlo sufrir vislumbraba el horizonte sombrío de la noche eterna; ya su hijo el doctor había perdido toda esperanza de resurrección por que su padre era ya un lampo moribundo. Entonces, presintiendo que ya no vería nunca más al amigo íntimo de una larga vida, en un impulso irrefrenable de ternura tomé con mis manos tremantes de pena, sus mejillas muy pálidas y besé su frente con la unción con que se besa a los santos predilectos. Y así, sin quererlo, desbordé su desventura que se diluyó en lágrimas que mojaron mis dedos. Llanto que fue divina herencia que me legara el amigo inmejorable.

La verdadera amistad hace las almas transparentes; y la suya, de cristal para mí, me reveló su angustia. Sus lágrimas me hablaron con elocuente mudez: "Me voy hermano; es tiempo que me vaya; ya no puedo sufrir más ni quiero atormentar a quienes adoro.